



Jesús Ruiz Mantilla
Yo, Farinelli, el capón



YO, FARINELLI, EL CAPÓN

JESÚS RUIZ MANTILLA

© Věra Zátopková

JESÚS RUIZ MANTILLA

(Santander, 1965) es escritor y periodista. Ha ejercido su oficio en el diario *El País*, desde 1992. Allí es cronista musical desde mediados de los noventa y ha pertenecido a los equipos de la sección de Cultura, el suplemento de cine *El Espectador*, *El País Semanal* o *Babelia*, publicaciones donde escribe asiduamente. En 1997 apareció su primera novela *Los ojos no ven*, una intriga con el mundo de Salvador Dalí de fondo, seguida de *Preludio*, la historia del pianista León de Vega, obsesionado con la obra de Chopin. Con *Gordo* consiguió el premio Sent Sovi, de literatura gastronómica, una obra a la que siguieron *Yo, Farinelli, el capón*, el ensayo *Placer contra placer* y las novelas *Ahogada en llamas* y *La cáscara amarga*, que componen dos partes de una trilogía sobre el siglo XX radicada en Santander y Cantabria. En 2015 Galaxia Gutenberg publicó *Contar la música*, libro.

En el invierno de 1780, Farinelli, el castrato más famoso de su tiempo, decide dejar constancia con la pluma y sobre el papel de todo cuanto ha aprendido, de todo cuanto ha vivido, de todo cuanto ha amado. A sus 75 años, retirado en su villa de Bolonia, rememora sus inicios, sus maestros, sus amores y desamores, y sobre todo sus horas de gloria en los teatros de Europa entera, cuando la gente desfallecía de emoción ante el simple sonido de su voz.

Pero donde colmó todos sus sueños fue en España, donde llegó de la mano de la reina Isabel de Farnesio para

curar la melancolía que había anulado la voluntad del rey Felipe V. Llegó para unos meses, se quedó 20 años.

En esta fascinante recreación de la vida de Farinelli, Jesús Ruiz Mantilla hace revivir ante los ojos del lector la Europa del barroco, desde Nápoles, Roma y Venecia hasta Viena, Londres y Madrid, recreando las cortes del Príncipe Luis de Gales, de Luis XV de Francia, del emperador Carlos VI de Austria o de Felipe V, el primer Borbón que reinó en España. Y narra la relación de Farinelli con Mozart, Haendel, Gluck y otros grandes de su tiempo.

Farinelli sabía que el arte de los castrati estaba condenado a desaparecer. Lo que no podía saber es que más de doscientos años después, sus arias resonarían en cada vez más teatros del mundo. Ni que sobre su vida se filmarían películas y se escribirían libros como el que el lector tiene en sus manos. Un libro que es antes que nada un canto de amor a la música y a esos suspiros momentáneos de la belleza más absoluta.

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: marzo 2017

© Jesús Ruiz Mantilla, 2017
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017
Imagen de portada: c Vicky Martin / Arcangel Images, 2017

Conversión a formato digital: gama, sl
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16734-88-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A Lourdes Manzano y Jaime Valcárcel,
amigos del alma, hoy vecinos.
A mi madre, por la vida.
A Marta, Paula y Cristina,
por soportar los desvelos mientras lo escribía
A Vera, que canta nuestras.*

PRIMERA PARTE

EUROPA

1

Yo, Farinelli, súbdito y criado de Su Majestad el rey de España, a quien debo honores, fortuna y favor, doy gracias a Dios, a estas alturas de mi existencia todavía fértiles en conocimiento y razón, por todo lo que me ha deparado en vida.

Acaba de entrar el año del Señor de 1780, que jamás, ni por asomo, ni por delirio ni por clarividencia, soñé alcanzar. Escribo estas líneas cuando he cumplido ya setenta y cinco años, con la esperanza de poder aumentar una cuenta que no depende de mí. Aquí, desde este humilde escritorio del despacho que ocupo en mi villa de Bolonia, la amable y docta ciudad que me ha acogido en los últimos años de mi vida, quiero dejar constancia con la pluma y sobre el papel de todo cuanto he amado. También de lo que aprendí y de aquellos momentos en los que, entonces sin ser muy consciente y hoy completamente convencido de ello por el acicate de la memoria, pude inhalar el suspiro momentáneo de la belleza más absoluta.

Yo, Farinelli, también conocido como Farinello, el *castrato*, de quien dicen que fue el más famoso de su tiempo, represento y representé el terco devenir de una especie, de una estirpe que entregó siempre su vida a proporcionar placer a los oídos y las almas ajenas. Dicen que llegué a ser quien más gloria conquistó en una época que no durará muchos años más. Sencillamente, espero que la razón se imponga siempre a los fanatismos, aunque éstos traten de perseguir una idea de lo sublime.

Si además del gusto he logrado seducir la sensibilidad de algunos corazones o, al menos, reparar sus males proporcionándoles un aliento de bondad, un empuje que diera sentido momentáneo a sus vidas, me doy más que por satisfecho. Comprendo, o más bien me resigno a aceptar, que el coste de mis sufrimientos fue para bien. Sobre todo cuando intuyo, con esta naturalidad con la que suelo predecir venturas y desventuras por venir, que el arte de los *castrati* llegará a su fin. Un desafío a la naturaleza de Dios tan evidente no puede perdurar eternamente, aunque sirva para honrarlo.

Fui famoso, fui rico, fui ambicioso. Fui alabado, halagado, premiado. Vi gente desfallecer, caer a mis pies por una emoción que les partía la voluntad con el simple sonido de mi voz. En ningún teatro donde mi gloria prevaleciera, osó nadie negarme ningún favor ni se atrevió empresario alguno a poner en duda mis demandas. Bien es cierto que jamás llegué a los límites de mis contrincantes Sinesino o Caffarelli, las criaturas más caprichosas y volubles a los desatinos que dio en conocer nuestro planeta tierra. Pero ése es un apartado sobre el que prefiero detenerme más adelante.

Si algo considero milagroso, y doy gracias a Dios por ello más que por cualquier otro don, es que aquellos ambientes y esos mundos donde todo Satanás anda dispuesto a regalarte sus artes y cualquier macaco te presta sus monerías no me hicieran perder la cabeza y el juicio, como pasó con casi todos los demás artistas de mi condición.

Triunfé en una Venecia desaforada por el amor al teatro. Recorrí Italia y casi Europa entera, al menos aquella en la que el arte de la ópera resultaba primordial. También partí al encuentro de grandes maestros. Quise conocer a Haendel en Inglaterra, donde además acabé ganándome la gloria de uno de los públicos más exigentes del mundo en un país donde se aprecia de verdad un canto y un sentido musical del que muchos de sus talentos carecen. Pero colmé

todos mis sueños en España, adonde el destino me condujo de la mano de la reina, mi señora, doña Isabel de Farnesio, para que el arte curara las terribles sombras de melancolía que habían anulado la voluntad del rey, mi señor, Felipe V.

Parece que la música consiguió curarle desde el momento en que escuchó mi voz. Aunque ahora, frente a este espejo blanco de papel y tinta, confieso que mis cuerdas se encontraban en preocupante decadencia. No estaba ya en condiciones de ganarme el aplauso de todos los teatros del continente, como había ocurrido hasta entonces. Pero resultaba todavía un instrumento convincente y con inmediatos resultados curativos, por lo que demostró aquel trance. Así que para el rey, mi señor, fui mejor médico que artista aunque él creyera lo contrario o situara ambas destrezas en la misma balanza. Las vendas que brotaban de mi garganta sirvieron para que recuperara el ánimo y prosiguiera su irrenunciable deber de regir los destinos del mundo. Porque si bien en esta época enrevesada -que acabará pronto por tocar a su fin que ha rizado demasiado el rizo de los desmanes, las injusticias, las intrigas con esa recurrente tendencia al exceso en que ha caído- mandan los cánones marcados desde Francia por su abuelo, Luis XIV, a quien han dado en llamar Rey Sol, el dominio de España todavía impone su vigencia sobre los mapas.

Hoy, desde este humilde refugio en Bolonia, adonde vine a retirarme hace casi veinte años, todo lo contemplo con sana distancia. Me he dedicado día tras día a disfrutar de un tiempo que me he empeñado en hacer correr más lento. Ante todo a reflexionar acerca de lo que ha sido mi vida y, entre otras cosas, acerca de los acontecimientos de los que fui testigo en la corte de España: primero con mi señor Felipe V y después junto a su dignísimo sucesor, Fernando VI, y su maravillosa y sensible esposa, la reina Bárbara de Braganza. Ella se reveló como todo un prodigio para las artes y la música en el reino, aunque esos esfuerzos y gastos que la

pobre prestara en su día al desarrollo de lo más sublime hayan quedado después en nada.

Dejé la corte por orden de Su Majestad Carlos III, que ordenó mi salida inmediata de Madrid. Quizá tomara la decisión mal aconsejado ante el persistente recelo de sus colaboradores más inmediatos y los deseos de venganza de su madre, una resurrecta reina Isabel. A él, quiero dejar constancia de lo siguiente para la posteridad: no le guardo ningún rencor y sí el mismo agradecimiento y lealtad que procuré a sus antecesores. Su Majestad ha conservado para mí una más que generosa asignación real de la que todavía disfruto y con la que me enorgullezco del lazo que me unirá hasta el fin con la corte más gloriosa de cuantas pisé. Con ese dinero nunca ha faltado ni va a faltar cobijo y comida para todo español que dé con sus huesos en Bolonia. Aquí, cualquiera de sus paisanos aconseja a los forasteros de ese reino que se acerquen a visitarme. Saben que, por el simple hecho de su condición, en mi casa no se les escatimará nada.

Tan español me siento que tengo por gusto denominarme a mí mismo Farinelli, «el capón». Así que yo, Farinelli o Farinello, el capón, observo estos días los restos de mi vida con la humildad y la falta de boato con que me los devolverán en su justo término al concluir mi paso por este mundo. Con el prisma lleno de esos coloridos matices que el cristal del tiempo filtra para borrar lo que es demasiado accesorio y entre los cuales encontramos nuestras más íntimas verdades. Nadie puede nublar ese juicio supremo que viene a ser el de los hombres cabales ante su pasado, el de las almas auténticamente libres, que deciden culminar sus días con la mirada limpia sobre todo lo que tocaron y con los ojos convenientemente enfocados hacia quienes se cruzaron en su camino.

Cuando queda poco por delante y la espalda, además de atormentarnos, nos dibuja demasiados vericuetos; cuando has perdido gran parte de la dentadura y no puedes sa-

borear los manjares que te hicieron estallar el paladar en las mejores mesas, sin que con esto llegue a menoscabar esa pasta fresca que me deleita en la ciudad donde he decidido morir; el día en que sin los anteojos andas perdido por una casa llena de criados que evitan ser vistos para que no los reprendas, algo a lo que yo apenas acostumbro salvo si les sorprendo en tareas impropias, cuesta ir habituándose a que las horas del esplendor desaparecieron para siempre. Ahora sé que nada volverá a lo que creíamos se repetiría y menos aún a aquello que no supimos disfrutar con buen tino. Se acabaron también las segundas oportunidades. Y aquella música...

Con mi cuello de gallo a punto de visitar el matadero y mis andares torpes. Con el escaso y ridículo cabello que descansa ahogado bajo mi peluca blanca. Con estas manos temblorosas y los lagrimales irrefrenables después de todas las muertes de mis seres más queridos. Con estas toses que me desloman el cuerpo en cada ataque. Amenazado por la artritis y algunos asomos de gota. Sosteniendo a duras penas toda esta carga que representa ya el cuerpo que me mantiene cautivo y no quiero mirar más en el espejo, cuesta hacerse a la idea de que en una época fuera llamado en toda la Europa más esplendorosa «el divino Farinelli».

Yo, que posé junto a la reina, doña Bárbara, y el rey en algunos de sus retratos; yo, que inspiré los pinceles de Amigoni, de Flipart, de Giaquinto cuando me trazó con las vestimentas de la orden de Calatrava después de que mis señores los reyes tuvieron a bien concedérmela... Yo, Farinelli, el capón, ahora no me reconozco y evito el riesgo de aparecerme entre las sombras y los reflejos del agua. No estoy dispuesto a soportar los caprichos de una casualidad mortífera que me obligue a caer frente a un espectro soberbio de mí mismo. Yo, que fui el amo del mundo, que con mi voz pude iluminar la maltrecha razón de quien debía encargarse de regir los destinos de un imperio, prefiero hacer examen de conciencia y mirar hacia dentro para encon-

trar, entre los requiebros de mis tripas y los laberintos de mi alma, algún resquicio de sentido a lo que ha sido mi larga, próspera y, hasta ahora, indestructible existencia.

2

Puede que la razón de esta fortaleza por la que cada día tengo que dar gracias al Señor venga de mi infancia. Nací en Andria, en el sur, un pueblecito del reino de Nápoles que no está muy lejos de Bari. Allí vine al mundo el 24 de enero de 1705, bajo el nombre de Carlo Maria Michelangelo Nicola Broschi, hijo de Salvatore Broschi y Caterina Barrese. Era el último de tres hermanos: mi adorado Riccardo -todavía hoy le lloro- y Dorotea.

Todos nos criamos gracias al aire puro de una comarca demasiado seca pero agrícola y mediterránea por cada uno de sus costados. Riccardo y yo hemos pasado el resto de nuestra vida extrañando el olor penetrante del trigo seco y la alquimia de la asombrosa brisa marina tan añorada en los días de verano. Esa que venía a aliviar el calor sofocante, con la bondad de quien imagina a unos ángeles extendiendo una sábana.

Llovía poco en Andria, por tanto desde que salí del territorio de mi infancia no ha pasado día con agua en que no recordara la fiesta que suponía aquel regalo ocasional de unas finísimas gotas de líquido sobre nuestro suelo. Se ablandaba así esa alfombra que te provocaba magulladuras en cualquier caída traicionera. Recuerdo cómo Riccardo y yo exponíamos la cara con los ojos cerrados para regarnos el rostro empapado con ese rarísimo milagro.

Pese a llevar impregnada en todos mis sentidos la llamada de la tierra, no provengo de una familia de campesinos. Aunque muchos han querido pensar que sí. El reino de

Nápoles es el que más *castrati* ha regalado al mundo, con una mayoría proveniente de familias humildes y hambrientas. De hombres del campo con más de diez hijos que decían operar a alguno de sus vástagos para resolverles el futuro, pues desde hace tiempo es la mismísima Roma la gran demandante de nuestros servicios.

Más bien, yo representaba lo contrario a la norma. Provengo de una familia noble y amante de la música. Desde nuestra más tierna infancia nos inocularon, sobre todo a Riccardo y a mí, el veneno del arte. Gracias a eso, mi hermano se convirtió en compositor y ha creado algunas de las páginas y las notas más bellas salidas de talento humano. Yo, su hermano pequeño, no he hecho más que devolverle con mi voz la gloria y la dicha que a mí y a quienes me escuchaban nos producía su música.

Mi padre tuvo el honor de ver aceptar al gran duque de Andria, Fabrizio Caraffa, ser mi padrino el día del bautizo en la iglesia de San Nicolás. Aunque éste envió en su nombre a Lucio Pincerna para representarle, fue cosa rara que accediera a ello. La razón pudo haber sido meramente la política: pese a la amistad que unía a nuestras familias desde hacía años, el desprecio constante al que fue sometido mi progenitor por parte de los gobernantes españoles, que por aquel entonces jamás lo admitían en sus círculos, hacía difícil a alguien de la posición del duque prestarse a tal gesto de reconocimiento y generosidad.

Fuimos nobles, cierto, y bien es verdad que jamás faltó alimento en nuestra mesa, ni tuvimos que privarnos de ropajes dignos ni instrumentos con los que perfeccionar un amor a la música, creciente y sin remisión. Pero tampoco nuestras posibilidades eran deslumbrantes para lo que se estilaba en la nobleza de la época. Nunca supimos con certeza a qué se debía el castigo que tenía que sufrir nuestro padre entre los caprichosos ánimos de los españoles. La razón puede remontarse a la época en que el antepasado de la familia, Pietro Broschi, fue gobernador de Scala y Rave-